

El diálogo matrimonial

P. Rafael Fernández
Lima – septiembre 2009

1. Realidad del diálogo matrimonial

Ustedes me pidieron que les hablara sobre el diálogo matrimonial. Es un tema que toca el corazón del matrimonio. Podría decirse que el matrimonio es el lugar donde se vive más intensamente esa comunión esponsal. Es el diálogo entre dos personas, que abarca todo lo que somos: cuerpo, alma, espíritu, afectos, sentimientos... Todo se concentra en este centro de nuestra intimidad. El diálogo es el alma de la vida esponsal, matrimonial.

Si hoy día existe algo en el matrimonio que está amenazado y que es una de las pruebas más difíciles por las que pasa un matrimonio es justamente el diálogo, la comunión interior de los esposos. Hay una cantidad enorme de factores que convierte este diálogo matrimonial en uno de los bienes más escasos. Habría que decir que es muy raro encontrar matrimonios que verdaderamente vivan, tengan y gocen este diálogo matrimonial. Son muy pocos los matrimonios que lo tienen y esperamos que ustedes sean del grupo de esos pocos matrimonios que tienen y practican este diálogo.

Ciertamente, cada matrimonio vive altos y bajos y no se trata que, si algún día tuvieron un diálogo muy hermoso, después pueden perderlo sin volver a recuperarlo, porque también lo pueden recobrar y hacerlo más profundo.

Creo que hoy día existen muchos intercambios entre los matrimonios. Pero es un intercambio informativo. Es decir, los matrimonios conversan; superficialmente siempre están conversando, siempre tienen una información, un noticiero: qué hicimos hoy día, qué haremos mañana, cómo nos fue en esto y en esto otro... Normalmente, hay mucha información. Ciertamente existen matrimonios en que esta conversación también se ha hecho escasa y ya ni siquiera conversan; o conversan con monosílabos y ni siquiera hay una información. Es un diálogo superficial e impersonal, en el que ninguno de los dos abre realmente su corazón al otro. Podemos dar una información pero otra es que demos aquello que tenemos en nuestra intimidad, lo que sentimos, lo que estamos sufriendo. Esto lo podemos guardar tranquilamente y hablar del apostolado que hacemos, de lo que pasa con los hijos en el colegio, etc. Pero no entregamos lo más nuestro. Es un diálogo superficial y, muchas veces, cuando el verdadero diálogo no se cultiva, se llega a situaciones de una convivencia fría e impersonal donde reina una eterna frialdad. En otros casos, el diálogo se transforma en una discusión abierta con muchas chispas...

Es la realidad que vemos diariamente y cada vez con mayor frecuencia.

En esta realidad, consideraremos dos elementos.

Primero, las causas; por qué a la mayoría de los matrimonios le es tan difícil el diálogo matrimonial, que debería ser lo más evidente, lo más normal. ¿Por qué es tan difícil, por qué se da tan poco el diálogo entre los esposos?

Lo segundo que veremos será los tipos de diálogos que se dan. Aquí distinguimos cuatro tipos de diálogos: *Un diálogo espiritual*; una conversación, un intercambio verbal sobre lo que nos pasa, lo que estamos viviendo. Es un diálogo de discusión en el buen sentido de la palabra; de intercambio, para ponerse de acuerdo, de pensar juntos, de soñar. Hay también un *diálogo afectivo*, diálogo que, a veces, se da sin palabras. Podemos dialogar con una mirada así como también podemos matar a una persona con sólo la mirada... Es un diálogo a través de gestos. Hay también otro nivel de diálogo, que es un diálogo en el plano de la fe, en un plano superior. Todos ustedes han recibido el sacramento del matrimonio, lo que los lleva a la posibilidad de dialogar con Dios, personalmente y como matrimonio; establecer un diálogo con el Señor, en el espíritu, juntos como matrimonio; intercambiar juntos la vida de la fe. Es otro tipo de diálogo que es muy escaso, pero que es la vocación central de nosotros, como matrimonios, que hemos recibido el sacramento del matrimonio. Nos amamos en Dios, somos uno solo en el Señor. Por último, está el diálogo, en el otro extremo por así decirlo, sexual, el diálogo corporal.

Toda esta diversidad de diálogo es nuestra materia, es nuestra vida en el fondo. Aquí se juega nuestra vida matrimonial.

Vamos a tocar cada uno de estos diálogos. Veremos, en primer lugar, las causas del no diálogo.

2. Causas del no diálogo matrimonial

¿Por qué hoy día está tan amenazada la convivencia, la comunión de corazones, la fusión de corazones? ¿Por qué es tan difícil lograr esta fusión de corazones?

2.1. Causas culturales

En primer lugar, hay causas que vienen con la cultura actual:

- ***La presión de un trabajo agobiante:***

Pensemos en algo que es más o menos evidente. La mayoría de las personas vive agobiada por el trabajo. Muchos están exigidos por el subsistir, por mantener un cierto nivel económico, por alcanzar cosas que es necesario alcanzar por sí mismo y también por los hijos. En el matrimonio, esto lleva a que ambos esposos tengan que trabajar y trabajar fuertemente. Por lo tanto, con esta realidad, ¿cuándo los esposos tienen la tranquilidad necesaria para compartir, para dialogar? Llegan en la noche, cansados, y están los niños que hay que atender, etc. etc. Hay un factor de nuestro sistema de vida que, de alguna manera, es inhumano. Porque va haciendo casi imposible que podamos vivir humanamente. Somos máquinas de trabajo.

- ***La presión de un ambiente de hipersensualismo y sexualismo:***

Por otro lado, todo lo que tiene que ver con el amor, con el diálogo, con la relación de amor, está terriblemente deteriorado que las películas, las telenovelas quedan chicas. Hay un sexualismo desorbitante. En este ambiente donde todo está hipersexualizado, genitalizado, es muy difícil cultivar una comunión de corazones. Es una realidad que lleva a un inmenso deterioro de las relaciones humanas. Nosotros, querámoslo o no, estamos inmersos en esta realidad. Vivimos en un ambiente hipersexualizado, en un

ambiente erotizado, sexualizado; en un ambiente exteriorizado; en un ambiente que nos quita lo más grande de nuestra vida como es la capacidad de dar y recibir amor.

Pensemos el rol que juega la televisión y el Internet en esta cultura. Hace poco estuve con un matrimonio en que ambos trabajan; llegan en la noche, cansados. La mamá debe ver los niños, darles de comer, acostarlos. El marido enciende la televisión, ve una película, una telenovela... Y no se da ninguna posibilidad de diálogo y, cuando mucho, se puede dar una relación deshumanizada, sin alma.

Hoy día, por Internet, tenemos acceso a cualquier cosa, a lo que queramos. Comunicaciones virtuales con personas que no conocemos, que nos pueden llevar a entusiasmarnos, a ilusionarnos con alguna persona, con un amor ficticio, que no es real...

Todos éstos son factores que marcan un sistema de vida deteriorado.

A esto agregamos otros factores, como la presión de los hijos.

2. 2. La presión de los hijos:

Normalmente, un niño, cuando no tiene al papá ni a la mamá, es un niño nervioso; es un niño que no está bien porque se desarrolla en un ambiente que no es armónico. En un ambiente así, los niños se ponen nerviosos, mañosos, inapetentes. Con esta presión de los hijos, es evidente que no habrá capacidad ni espacio para un diálogo matrimonial.

El apostolado, en relación a esto, es un capítulo importante. Hay personas que al no tener una buena relación matrimonial, se desahogan en un apostolado. Lo que les falta al interior de la relación matrimonial lo cubren con una actividad apostólica.

Son diversas facetas que encubren, unas más otras menos, esa carencia de diálogo que existe hoy.

2.3. La diversa psicología del hombre y de la mujer:

Naturalmente, la psicología femenina y masculina tiene comportamientos que hacen difícil el diálogo.

El ambiente machista:

Los hombres, en general, son parcos para expresar sus afectos; a los hombres les cuesta abrirse interiormente, no saben expresar sus sentimientos. Alguien decía que su marido es muy bueno pero no habla... No sabe comunicarse... La situación es peor cuando ese hombre tiene problemas ya sea en su trabajo, algo que le afecta. En un *ambiente machista*, el hombre tiene que ser siempre fuerte, duro... Se dice que los hombres no lloran... Además de que naturalmente le es difícil comunicarse, en el hombre hay una presión interna que le hace más difícil comunicarse, abrirse.

En el diálogo sexual, el ritmo masculino no educado lleva al hombre a comportarse brutalmente, como un pequeño animal que se autosatisface a costa de la mujer o aprovechándose de ella. Esto ya se inicia en la pubertad, en la juventud, donde se aprende en concreto una sexualidad egocéntrica, auto satisfaciente. A esto agregamos el machismo, donde la virilidad se muestra en cuanto puede aprovecharse de una mujer y abusar de ella.

El hombre tiene mucho que cambiar, mucho que educar, mucho que hacer para poder entablar y cultivar un diálogo.

¿Qué pasa con la mujer?

La mujer tiene una capacidad y una necesidad inmensa de comunicarse, mucho mayor que el hombre. Y le cuesta mucho menos sacar lo que tiene adentro, en su corazón; sus sentimientos, sus afectos.

Para el hombre es muy difícil entender a la mujer. ¿Por qué? Porque es tal la riqueza de la afectividad de la mujer que ella se confunde y, muchas veces, no sabe realmente lo que le pasa. Y dice algo pero que no es lo que realmente le está pasando.

Hay una cultura femenina que, a pesar de esa necesidad de comunicación que tiene la mujer, le impide poder darse de tal manera que el varón la entienda.

Uno escucha a la mujer quejarse que su marido no habla, y al hombre decir que no entiende a su mujer. Son cosas reales, que las vivimos, que tenemos que trabajar porque, de lo contrario, seguiremos el camino que la mayoría sigue, teniendo una vida muy rutinaria, “aguantándose” mutuamente o simplemente viviendo separados o divorciarse. Es lo que hoy sucede cada vez con mayor frecuencia.

Todos tenemos el tiempo muy ocupado. Y para tener un diálogo, una comunicación, algo tenemos que perder: el tiempo en la televisión, el tiempo de Internet, etc. etc. Hay que hacer un hueco, un tiempo para el cultivo de otra categoría de valores. Tenemos que tener una jerarquía de valores y saber qué realmente queremos.

3. Formas de diálogo

Hay cuatro formas de diálogo. Jerárquicamente, está en primer lugar el *diálogo sobrenatural*; en segundo lugar, el *diálogo espiritual*; en tercer lugar, el *diálogo afectivo* y, en cuarto lugar, el *diálogo sexual*.

Personalmente, estoy convencido que lo central, en la práctica, es el *diálogo afectivo*. Por esto, hablaremos primero del *diálogo afectivo*; luego del *diálogo espiritual*, luego del *diálogo sobrenatural* y, en último término, del *diálogo sexual*.

Algo general.

Normalmente, caemos en una unilateralidad en nuestra relación matrimonial. O nos quedamos en un plano muy espiritual; somos muy religiosos, apostólicos, rezamos mucho, pero nuestra vida sexual es un desastre. O somos personas que sólo nos importa el encuentro sexual, y no sabemos cómo intercambiar afectos, vida del corazón. No conocemos la vida afectiva, las caricias, los gestos del corazón. Creo que estamos llamados a cultivar las cuatro formas de diálogo para tener un matrimonio verdaderamente comunicado, feliz, en comunión, sabiendo que cada una de estas formas de diálogo necesita de las otras formas de diálogo, que estas formas se complementan entre sí. De tal manera que si falta una de estas formas, no es posible la comunión. Si falta el diálogo afectivo, el diálogo sexual no será posible; si no hay una comunión espiritual, no habrá una comunión en Dios, en la oración.

Cada una de estas cuatro formas de diálogo requiere un trabajo, un cultivo que está siempre considerando la totalidad para tener un amor pleno, una comunión plena, integral, que considera estas cuatro formas de diálogo sin mirar a ninguna como inferior. Objetivamente, en el sentido ontológico, una jerarquía, pero vitalmente no. Porque lo corporal debiera expresar lo espiritual, y lo espiritual tendría que expresarse en lo corporal. No podemos considerar cuál de estas formas de diálogo es la más o la menos importante, porque en cualquier aspecto de la vida, debieran estar comprometidas todas estas formas de diálogo de una o de otra forma.

3.1. El diálogo afectivo

Estoy convencido que la práctica es lo más clave. ¿Qué es el diálogo afectivo, en qué consiste?

Es algo que ustedes vivieron, y que ojalá lo sigan viviendo, en forma muy intensa, cuando se conocieron y empezaron a tener una relación, un flirteo, la etapa del enamoramiento, del noviazgo... Esta etapa es un tiempo en que lo afectivo está muy a flor de piel. ¿Qué es esto afectivo? Es el amor que se siente en el corazón por una persona y ese amor tiende a expresarse en forma sensible, ya sea con una mirada, con una caricia. Con una mirada podemos expresar lo afectivo, el cariño que sentimos por una persona. Pensemos en las palabras; no se necesita de grandes discursos para hacer sentir a una persona el cariño que sentimos por ella; basta un piropo, una palabra, una frase de galantería... Con estas palabras, con estos pequeños gestos estamos cultivando un afecto, una relación de afecto con otra persona. También el afecto se expresa con hechos, con caricias, con tomarse de la mano, con abrazos...

Estas cosas, que son tan primarias y que ustedes vivieron en su primera etapa de relación y que fueron el alimento de esta relación, van desapareciendo. Pero este mundo de expresiones afectivas fue esencial y es lo que hizo hermosa la convivencia entre dos personas. Este mundo sigue siendo esencial porque las personas necesitan saberse queridas, necesitan de una expresión sensible de cariño gratuito. No de un cariño que se expresa como una ingeniería sexual. Hemos reducido la caricia a una ingeniería sexual que, por cierto, tiene un sentido en una relación sexual íntima que no puede ser abruptamente, sobre todo para la mujer. Pero hay caricias que no son sexuales y que no tienen por qué ser sexuales y que son muy importantes.

Es tremendamente importante manifestarse el amor, el cariño en una relación normal. Nuestros hijos tienen que ver esas manifestaciones que, por otro lado, las están viendo constantemente en sus compañeros, en sus amigos, en las revistas, en la televisión, pero ciertamente en un contexto equivocado; porque ven que dos personas que apenas se conocen, se besan, se abrazan y terminan juntos en la cama. Ésta es la relación de los jóvenes en casi un 99%.

Nosotros tenemos que demostrar a nuestros hijos que no toda relación sensible, afectiva, de cariño, de ternura es sexual. Cuando decimos un piropo, una galantería a la otra persona, cuando le damos una sorpresa, un pequeño regalo, le expresamos nuestro cariño. Son gestos sencillos, ínfimos, pero que tienen un contenido afectivo potente. Son muestras normales de cariño.

En verdad, nos sorprendemos muy poco el uno al otro. Siempre estamos reclamando que no se fijan en uno, que no nos atienden... sin embargo, no hacemos pequeños gestos, muestras de cariño, de admiración a la otra persona.

Pensemos lo que significa *gozar la vida juntos*. Sé de un matrimonio que antes de casarse gozaban juntos; salían en bicicleta, caminaban, iban a paseos, etc. etc. Después de varios años de casados, se dieron cuenta que ya no gozaban la vida, que se habían dejado atrapar por una maraña de cosas y actividades que los llevaron a una relación afectiva fría e impersonal, a una vida sin sentido. Cuando pregunto a los matrimonios en qué y cómo se entretienen como matrimonio, responden lo que hacen con otros matrimonios: vacaciones son otros matrimonios y sus niños, en asados, en paseos al campo... Pero hacer cosas los dos solos, como matrimonio, no lo acostumbran. Siempre es con otras personas, pero solos los dos, no saben qué hacer; no saben entretenerse... No han adquirido el hábito de entretenerse, de hacer cosas los dos.

El abrazo... Uno añora ver a matrimonios que se expresen más su cariño, su amor en un abrazo, por ejemplo. Si pensamos qué sucede con el perro cuando llegamos a la casa. El perro ladra, salta, nos demuestra su alegría, su cariño. ¿Qué sucede cuando uno de nosotros llega a la casa... ¿Nos abrazamos? El abrazo es uno de los gestos más hermosos que hay. ¿Qué decimos con un abrazo? Yo te contengo, tú eres mío, mía; yo te apoyo, estoy contigo... ¿Nos abrazamos nosotros? Pensemos lo que es entregarse a otra persona. Es algo maravilloso poder descansar en otra persona simplemente con un abrazo.

Muchas veces perdemos el sentido por las cosas más triviales. ¿Qué sería de un niño si no lo abrazáramos...¿Qué sería de un niño si no lo besáramos, si no lo consoláramos haciéndole cariño. Los niños no necesitan de tantas palabras sino de gestos de cariños que le transmitan un amor, un afecto, un cariño. Una persona que necesita descansar en el pecho, en el corazón de la otra persona, no necesita de palabras; sólo necesita que la acojan, que se acerquen a ella.

Pensemos lo que significa *el beso* que está algo tan deteriorado actualmente, tan brutalmente sensualizado y sexualizado. El beso puro no existe hoy día. El beso es algo hermoso y nuestros hijos tendrían que ver que nos besamos para demostrarnos nuestro afecto, nuestro cariño. Ustedes tienen que hacer posible en sus niños que crean en el amor que los hace felices. No se trata de demostrar que no haya dificultades, porque las hay y muchas. Pero que son felices.

Pensemos también en *el baile*. Antes muchas veces se gozaba bailando. Ustedes, cuando estaban en la etapa del enamoramiento gozaban bailando. Pero, ¿por qué lo dejaron después? El baile expresa algo muy hermoso. Actualmente, los bailes o son enajenadores, porque no hay comunicación alguna. Por ejemplo, en una discoteque donde el ruido es tan inmenso y donde las personas bailan separadas o solas, o donde se da un baile tremendamente erotizado y de una sexualidad desenfadada. Está totalmente desvirtuado.

Pensemos en un baile folklórico. Hay gracia, hay cortejo, hay belleza, hay alegría, hay gozo, hay afectividad sana. ¿Por qué no bailar como matrimonio? ¿Por qué no tomar clases de baile?

Aprendan a expresarse, aprendan a entretenerse juntos, aprendan a gozar juntos, a expresarse cariño mutuamente. No siempre se necesita ir a otro lugar para entretenerse y pasarlo bien. Se pasa bien de muchas otras formas.

Habría muchas otras cosas que decir aquí. Pero sería importante que hiciéramos un examen bien realista sobre cómo están sus manifestaciones de afecto; qué nota les ponemos de 1 a 20? Si tienen un 20, manténganlo, si está bajo significa que hay algo que arreglar y que demuestra con seguridad que no son felices. Pueden estar tapando una infelicidad, una incomunicación, de muchas formas; con un trabajo excesivo, con un apostolado, con el alcohol, con las drogas, etc. Nosotros no necesitamos ninguna de estas compensaciones para ser felices. Pero tenemos que cultivar estas expresiones de afecto, porque estamos en un ambiente adverso, contra la afectividad, contra el cariño, contra lo humano.

Esta afectividad es lo que queremos salvar, en primer lugar. ¿Por qué? Porque si damos el salto a la comunión espiritual, que significa entrar en un intercambio de opiniones, de planes, de qué hacer y no hacer, de un problema tal, etc., les aseguro que será fatal. Es como echar una máquina sin aceite. Terminaremos discutiendo y siendo violentos. Porque no existe un sustrato afectivo y se genera una actitud de rechazo, de defensa o de ataque. El diálogo espiritual carece esa base natural que es la afectividad, el cariño. Si no hay cariño, no será posible un diálogo, un intercambio.

3.2. El diálogo espiritual

El diálogo espiritual es el intercambio verbal, la comunicación verbal. Aquí el peligro está en que nosotros creemos que dialogamos porque nos comunicamos cosas, nos comunicamos informaciones, noticias. Y creemos que estamos en un diálogo, pero es un informarse cosas. Hay un informarse todo lo que sucedió en el día, mil cosas, pero no estamos en comunión, no estamos conversando sino informándonos cosas.

El núcleo de nuestro amor en un contexto de afecto, de ternura, de cariño, es poder tener una comunidad espiritual; es poder intercambiar lo que pensamos, lo que sentimos, lo que estamos sufriendo. Es poder intercambiar frente a una realidad determinada; qué pensamos, qué podemos hacer, qué no podemos hacer. Es decir, cómo nos planteamos frente a nuestros hijos, frente a tal problema. Hay un intercambio de opiniones, hay un forjar juntos un parecer, un trabajar juntos, intelectual y espiritualmente cómo abordar tal problema.

Tomando lo que nos dice el Evangelio, “serán una sola carne”, esto significa mucho. Serán un solo espíritu, un solo pensamiento, serán uno para abordar un problema y solucionarlo; uno solo para aspirar a la santidad.

El diálogo más profundo está casi tan olvidado como la capacidad de analizar juntos las cosas, sin diluciones, sin pelotas, acogiendo lo que el otro quiere decir, tratando de entender, de meterse en la piel, en los zapatos del otro, aportando lo propio, buscando una concordancia, una complementación de las diferentes opiniones y puntos de vista. ¡Gracias a Dios que tenemos una manera diferente de ver las cosas! ¡Gracias a Dios que una persona ve un lado y la otra, ve otro lado de las cosas y que ninguno de los

dos posee la verdad total. La verdad está en la armonía, en la conjunción de diversas variables. Las cosas no son tan simples.

Este diálogo tiene mucha importancia para el diálogo sobrenatural. En el diálogo sobrenatural se trata de hablar con Dios. En el diálogo con Dios tratamos de descubrir qué quiere él de nosotros. Tratamos de descubrir qué nos está pidiendo Dios, qué quiere el Señor que le entreguemos. Si este diálogo no está basado en algo natural, que es la capacidad de conversar, de analizar juntos las cosas, ¿qué nos queda para un diálogo sobrenatural? Tal vez una novena, rezar alguna oración con los labios, pero no le hablamos de nuestros problemas. No nos damos el trabajo de elaborar juntos, de pensar juntos. Dios nos hizo seres racionales, con inteligencia, con opiniones, con libertad. Y esto tiene que expresarse en el matrimonio. Pero llegamos siempre a la misma conclusión: no tenemos tiempo. Si no tenemos tiempo para este diálogo, no hay nada que hacer; nos damos por vencidos, nos resignamos a no ser felices o a separarnos... Es decir, buscamos otras sensaciones, otras personas que por un tiempo, nos satisfacen pero que, a la larga, nos pasará lo mismo.

¿Tenemos capacidad de dejarnos tiempo para soñar juntos? ¿Tenemos tiempo para analizar nuestras vidas juntos? ¿Cómo es nuestro proyecto matrimonial? ¿Qué queremos en definitiva entre nosotros dos? ¿Qué queremos con nuestros hijos? ¿Tenemos un proyecto de vida matrimonial? Muchos de ustedes trabajan en negocios. Si no sabemos qué queremos con este negocio, cuál es la meta, nos irá mal con este negocio, no saldrá adelante. Muchas veces, como matrimonio, no tenemos ningún proyecto, no sabemos, no hemos asumido la tarea de construir espiritualmente una familia, con cuño propio, con costumbres propias, con un carácter propio. Piensen lo que significa esto para nuestros hijos.

En el último tiempo, lo que más me ha golpeado es que los hijos de matrimonios cristianos, los hijos no son católicos, ya no tienen los mismos principios. ¿Por qué? ¿Qué sucedió? Hay fallas fundamentales y una de ellas es que nosotros a esos hijos, no les enseñamos a tomar posiciones frente a la realidad, frente a los problemas. Vivimos siempre al día. Y viene la píldora del día después, los matrimonios de homosexuales, mil cosas, y nosotros no nos enfrentamos con nuestros hijos a conversar, a dialogar, a intercambiar opiniones frente a la realidad.

Pensemos que el ambiente general en que vivimos es totalmente adverso y nos dice lo contrario a lo que son nuestras convicciones: que el matrimonio es una utopía, que la fidelidad, que las relaciones prematrimoniales, etc. etc. Ése es el ambiente que viven nuestros hijos y muchas veces vienen de padres separados, o de padres con doble vida. Y nunca hemos conversado de estas cosas; nunca las hemos discutido. Porque antes, nosotros, como matrimonio no lo conversamos, no lo discutimos, no pensamos, no tomamos posiciones. Por lo tanto, ¿cómo les transmitimos ese hábito de enfrentar, de discutir, de cuestionarse ante esas cosas y tomar posiciones frente a ellas.

Recuerdo en una reunión donde había padres que tenían sus hijos grandes, adolescentes y estaban pololeando y se habían dado cuenta que tenían relaciones sexuales. Y se preguntaban qué hacer. La primera pregunta que les hice fue si habían conversado con ellos. Y la respuesta fue no. ¿Por qué no lo habían conversado?

Porque no sabían qué decirles. Porque nunca lo habían pensado. Es una situación difícil.

Por lo tanto, como matrimonios muchas veces no sabemos conversar, no soñamos juntos, no complementamos nuestros puntos de vista, no llegamos a un consenso, no discutimos. En definitiva, no perdemos tiempo para el cultivo de nuestra comunión espiritual.

Tenemos que superar una relación matrimonial pobre. La relación de nuestros matrimonios tiene que ser una relación rica, enriquecedora, gozosa. Tenemos que conquistarla, tenemos que cultivarla. No se nos va a dar en bandeja. Hoy día menos que nunca. Tenemos que crear otro estilo de vida matrimonial, contrario al de la mayoría de los matrimonios.

Una última cosa frente al diálogo espiritual. Si cada uno de nosotros tiene el hábito, la costumbre de pensar qué pasa conmigo, en qué estoy, qué problemas tengo, cómo los soluciono, y encontrarse con Dios en ese diálogo personal, podremos dar una opinión y vamos tener un diálogo enriquecedor. Porque la conjunción vendrá de dos cosas que se han madurado personalmente. De lo contrario, estaremos en blanco y las reacciones serán muy superficiales, viscerales, con inseguridades. Necesitamos un cultivo personal, propio, para poder tener una vida de pareja enriquecedora y la propia riqueza personal influirá en el enriquecimiento personal del cónyuge.

3.3. El diálogo sobrenatural

Nosotros tenemos un don inmenso que se llama sacramento del matrimonio. Cuando uno recibe un sacramento no está todo hecho, todo estás en germen. Cuando bautizamos un hijo nuestro, es un hijo de Dios. Pero si ese hijo no tiene un ambiente donde la fe se cultiva, será un pagano más, a pesar de haber recibido el sacramento del bautismo.

Lo mismo pasa con el sacramento del matrimonio. Hay ciento y miles de matrimonios que han recibido el sacramento del matrimonio.

¿Qué es el sacramento del matrimonio? Creo que muchos no conocemos realmente este sacramento y menos le sacamos provecho ni lo cultivamos.

Cuando un hijo nuestro se quiere confirmar, tiene la preparación de un año. En cambio, cuando se casaron, la preparación fue de un par de charlas y a veces bien deficientes. ¿Creemos que con esas charlas se prepara la recepción de un sacramento? Para nada. Recibimos el sacramento, porque somos bautizados, pero después no pasa nada con este sacramento y como la corriente seculariza es tan fuerte, donde no se vive la fe, tenemos un don inexplorado, un regalo que Dios nos hace y que no lo cultivamos.

Dios, con este sacramento nos quiere asegurar que su amor en nosotros dos, les permite ser felices, les permite ser fieles, no caer en la rutina, en el tedio, en la indiferencia. Tenemos un don sin explotar. El sacramento del matrimonio es un capítulo grande que alguna vez pueden tocar.

Más allá de ello, hay dos o tres cosas prácticas.

¿Cómo llevamos y cultivamos nuestra comunión con Dios? Básicamente con la oración. El contacto con Dios se da en el diálogo, en la oración, en la contemplación, en la alabanza, en la búsqueda de su voluntad.

¿Hacemos esta oración en común? Hay matrimonios que rezan en común. Hay personas que rezan en común y rezan en profundidad. Hemos escuchado la queja del Señor: “Este pueblo me alaba con sus labios pero su corazón está lejos de mí”, cuando hay una relación realmente personal con Dios.

¿Por qué no dar un paso más y rezamos nuestros problemas con el Señor? ¿Por qué no rezamos nuestros sueños con el Señor? ¿Por qué no rezamos juntos nuestros planes con el Señor y le preguntamos qué opina él, qué quiere él de nosotros? ¿Qué signos nos está dando, por dónde quiere conducirnos?

Si no tenemos una oración profunda, contemplativa, meditativa, nuestra piedad será de actos, de labios, de costumbres, pero no del corazón. Nosotros pensamos que somos religiosos porque vamos a Misa, cuando rezamos una novena, cuando vamos a un bautizo, cuando rezamos el rosario. Pero muchas veces no sabemos meditar. No sabemos preguntarnos qué nos quiere decir Dios, por ejemplo, a través de un hijo nuestro; de sus problemas, de sus inquietudes, de su forma de ser, de su alegría, de los problemas que nos causa. ¿Qué quiere Dios de nosotros a través de él? ¿Qué nos está diciendo a través de ese hijo? Esto significa meditar.

Creo que no hemos sacado el jugo al sacramento del matrimonio que nos hace aspirar juntos a la santidad, rezar juntos para descubrir la voluntad de Dios en nuestra realidad cotidiana, en la vida de trabajo, en la vida de la familia y no solamente cuando vamos a la iglesia. Tenemos encontrar a Dios en medio de la vida cotidiana, donde las papas quemán y descubrir que nos está diciendo en esa situación concreta. Tenemos que ayudarnos mutuamente a descubrir esa voluntad.

Como cristianos, hemos hecho del cristianismo una religión de devociones, de actos religiosos, pero no cultivamos una vida religiosa, no hacemos del diario vivir una vida religiosa, una vida de oración, de conversación con Dios y esto es lo importante, sobre todo para las personas que están en el mundo. La vida de oraciones, de devociones está bien para un religioso, y es necesario también, pero para las personas que viven en el mundo, que llevan una vida que los bombardea constantemente, el conversar con Dios de los problemas, de las diversas situaciones de esta vida diaria es imprescindible para que la vida no los lleve a una depresión, en la desesperación, en el desánimo, en el hastío. Las personas que no están en Dios, que no ven su realidad en Dios es una persona tensa, es una persona que no tiene el control de esa vida. Y para desahogarse tendrá que arreglárselas de otra manera, despotricando contra todo, bebiendo, etc. Porque no busca a Dios en la vida concreta. No podemos seguir viviendo así, porque la vida es problemática, tiene cruces de todas maneras. En la vida hay incertidumbres, hay una cantidad de cosas que solucionar y enfrentar y si no tenemos a Dios presente, estamos condenados a caer en la desesperación, en la angustia, etc.

Hay muchas cosas que nos angustias porque no las vemos a la luz de Dios y no descubrimos en ellas a Dios.

Si hemos recibido el sacramento del matrimonio y entramos en un diálogo sobrenatural, de la fe, será normal que juntos nos alimentemos de la Palabra del Señor, de meditar la

Biblia. Actualmente se está prácticamente nuevamente la *Lectio divina*, que es rezar con la Biblia; tomar un trozo de la Biblia, meditarlo, gustarlo, llevarlo al corazón. ¿Por qué no hacer esto juntos, como matrimonio? Quizás lo hacen como grupo. Creo que en la Renovación Carismática se practica en grupos. Pero intentemos hacerlo como matrimonio. Dios da a los matrimonios gracias especiales con el sacramento del matrimonio, para descubrirlo juntos, para regalarles juntos su vida, su visión, su plan de amor.

Otro seguro para nuestra vida es tener un amor a María como matrimonio.

4. El diálogo sexual

El diálogo sexual debiera ser el diálogo más significativo si nuestra sexualidad es una sexualidad humana.

Con un gesto sensible podemos decir al otro muchas cosas. Si le doy un abrazo, le digo: yo te apoyo, cuenta conmigo... Si le doy la mano, le digo: yo soy tu amigo... Lo sensible expresa algo interior; está llamado a expresar algo interior. Puedo decir algo exteriormente, pero interiormente estoy pensando otra cosa... Puedo hacer un teatro, un espectáculo de lo sensible, dar un gran abrazo a otra persona, pero, por otro lado, la estoy traicionando. Hay una disociación entre el gesto sensible y el espíritu que debe animar ese gesto.

Este esquema tiene que estar muy claro en relación a la sexualidad. La relación sexual debe estar animada por un espíritu. ¿Qué espíritu anima nuestra relación sexual? Puede ser un simple egoísmo, simplemente una autosatisfacción. En este caso, este gesto es gesto falso, mentiroso.

Por eso hablamos de este gesto en último lugar, porque todo el mundo afectivo, todo el mundo espiritual, del diálogo espiritual, todo el mundo de relación con Dios, del diálogo sobrenatural, debe concentrarse y expresar en el acto sexual. Por eso el acto sexual tiene que ser santo y es santo. Y, de alguna manera, es la expresión sensible, la expresión máxima, más grande de la santidad. De alguna manera, es lo que más nos asemeja a Dios: llegamos a ser tres personas en una sola. Es la donación del padre al hijo, del hijo al padre y es eso lo que está en juego. Por eso, nuestra felicidad está condicionada a que en nuestra sexualidad haya una armonía entre espíritu y una forma. Una forma simplemente carnal, genital, no es una expresión humana, ni siquiera natural, es simplemente bestial, brutal, deshumanizadora, deshumanizante. En cambio, una sexualidad que expresa un espíritu de amor, de cariño, de entrega, de comunión, es la expresión máxima que se puede dar. Y ésta es la riqueza del matrimonio. Pero esto supone muchas cosas.

Supone que en toda en nuestra vida funcione ese triple diálogo que hemos visto. Esto es posible y tenemos que demostrarlo a nosotros mismos y a otras personas; a nuestros hijos, en primer lugar, y a los jóvenes que hoy no creen en este mundo y que lo encuentran irreal, utópico.

Por esto es que estamos interesados en el trabajo con la pastoral familiar. Para la Iglesia, la Pastoral Familiar es algo decisivo, es una prioridad. Si nosotros no nos preocupamos de la familia hoy día, el futuro de nuestra patria y de nuestra Iglesia se está en peligro. Ese futuro se juega aquí, en nuestra familia, en nuestro hogar. La

corrupción, la violencia, las miserias que existen actualmente en la sociedad vienen de la familia. Si no arreglamos la familia en concreto, cada día seremos más infelices. Podemos ser quizás más desarrollados técnicamente, más ricos, pero más infelices, más inhumanos. En la familia se juega todo el futuro de la sociedad y de la Iglesia. Se juega nuestra fe, nuestra felicidad. El Señor nos quiere felices, nos unió en matrimonio para que fuéramos felices., con ese amor y esa felicidad que sólo él sabe dar y que la da.

Por eso, nosotros queremos que en cada parroquia, que en cada movimiento, se trabaje expresamente con la familia. El núcleo de la familia, el pilar de la familia es la relación del hombre con la mujer como esposos, como matrimonio. Si esta relación funciona, todo lo demás funcionará. Si nosotros nos dedicamos a nuestro matrimonio es por el bien de nuestros hijos, de nuestra familia, de la sociedad y de la Iglesia. Es algo que va en cadena. Y si no lo hacemos ahora, vamos a ir retrocediendo, como se está dando gravemente en América Latina. En Chile éramos un 98% de católicos; actualmente somos quizás un 60% o menos. Y si hablamos de cuántos son verdaderamente católicos de ese 60%, llegamos a una cifra muy pobre. En Brasil, cada año los católicos bajan un 1%. Es lo que dicen las estadísticas. Nosotros podemos empezar a cambiar la sociedad, pero para ello tenemos que trabajar nuestro matrimonio.

Bibliografía:

- *Santidad matrimonial*
- *Nuestro estilo de vida*
- *La familia, cuna de la fe*
- *Nuestra afectividad*
- *Cómo aprender a meditar*